

VIVIR PARA DAR VIDA

Introducción

Para introducir esta reflexión quiero reparar en dos mujeres bíblicas que, al igual que la vida contemplativa, son un símbolo, un icono humano que revela una experiencia que nos remite a realidades no inmediatas.

Muy a menudo, personas o situaciones que parecen carecer de importancia o que quedan diluidas en el conjunto de las historias que forman el tejido de nuestra vida, son capaces de sobrecogernos. Pueden llegar a provocar esa conmoción transformante que nos hace avanzar en la existencia.

No es la fuerza ni el poder lo que consigue emocionarnos, son los gestos que dan vida, que la transmiten. Esos gestos despiertan, conmueven y alteran positivamente el curso de nuestra vida.

Las dos mujeres en quienes me quiero fijar son Sifrá y Puá (cf. Ex 1, 15-20). Estas mujeres no quedan recogidas en ningún libro sobre historia de la Humanidad e incluso en la historia de la Salvación, lógicamente, pasan prácticamente desapercibidas bajo las gestas de otros hombres y mujeres bíblicos. Sin embargo, ellas tienen un gesto mantenido sobrecogedor, el gesto de dar vida, de ayudar a vivir, a que la vida continúe con su sola presencia, siendo parteras. Sostenido también cuando permanecer suponía arriesgar todo, poner en juego cuanto eran y tenían.

Según el libro del Éxodo, Sifrá y Puá son las parteras de los hebreos. Mujeres y, presumiblemente, egipcias. No hacen su aparición bíblica por la puerta grande, ni mucho menos, pero marcan los comienzos de la historia de Israel como pueblo. Los israelitas les deben la vida a estas mujeres¹.

He querido partir de estas figuras femeninas para intentar responder al interrogante de si sigue teniendo actualidad, si sigue siendo válida hoy, aquella vida que surgió en los primeros siglos del cristianismo. Si el porqué y el para qué de nuestros orígenes, algunas de las pretensiones de aquellos primeros padres y madres que marcharon a los desiertos, permanecen y sirven para algo. Y al mismo tiempo ver sobre qué quicio debe girar esta forma de vida para seguir diciendo algo hoy, en nuestra sociedad y en nuestra iglesia.

Elas son una ventana, entre muchas, desde la que asomarse a esta vida.

No pretendemos justificar nada. Sería una tentación inútil. La vida humana se justifica desde el amor a la vida, «amándola por sí misma y a través de los otros»²; y más allá, desde una perspectiva cristiana, baste decir que «la fe es el triunfo final sobre la incongruencia, la afirmación definitiva de que la existencia tiene sentido»³.

Pretender justificar la vida contemplativa no tiene lugar. Antes y más que justificar o pretender decir nada a los demás, la vida contemplativa busca vivir. Vivir el camino que ha descubierto en la experiencia de un Dios que se da y por el que opta como único amor, como punto de partida y meta de llegada de su existencia⁴. Que desde la fuerza y la alegría que produce este hallazgo surja el deseo de dar a conocer las mil y

¹ Cf. M. NAVARRO PUERTO, *El libro del Éxodo*, en *Pentateuco: Reseña Bíblica* 9 (1996) 31.

² C. P. CHRIST, "Si no amamos la vida": *espiritualidad y ética en el nuevo milenio*: Concilium 288 (2000) 104.

³ R. NIEBUHR, citado en P. BERGER, *Risa redentora, la dimensión cómica de la experiencia humana*, Kairós, Barcelona 1999, 318.

⁴ Cf. M. HERRÁIZ, *Sólo Dios basta. Claves de la espiritualidad teresiana*, EDE, Madrid 2000 (5ª edición), 114.

una sendas que tiene ese camino y compartir los pasos con muchos, es otra cosa. Por eso se pone en marcha la imaginación, el empeño creativo y todo lo que se tiene a mano, que siempre es poco. Porque el deseo interior acaba por convertirse en dulce imperativo, y la abundancia del corazón habla; quien ha visto y oído, no puede callar⁵.

Un grupo estable de mujeres o de hombres reunido alrededor de Jesús, que vive de su trabajo y tiene como actividades fundamentales la oración, la fraternidad y la búsqueda de Dios, es una forma concreta de vida humana y de vivir la fe. Pero no por eso queda justificada ni resulta más razonable.

Como escribió el cardenal Hume: «No nos vemos a nosotros mismos teniendo una misión particular o función en la iglesia. No nos proponemos cambiar el curso de la historia. Sencillamente estamos ahí casi por casualidad desde un punto de vista humano. Y, afortunadamente, seguimos ‘sencillamente estando ahí’»⁶. Pero es posible que de esa manera Dios se revele como el centro invisible, pero real, de nuestras vidas.

Sifrá y Puá están también ahí *casi por casualidad*. No tienen mayor pretensión, pero están, afortunadamente. También ese es el modo discreto de Dios, su Presencia es un como ademán silencioso que conmueve o deja indiferente pero que jamás obliga ni se impone. La discreción es el talante de Dios, ese rasgo que permite que todos los hechos en los que él actúa puedan tener otra lectura posible y hace que no baste la conclusión lógica⁷. Como un ademán silencioso se presenta también la vida contemplativa.

En un mundo que sufre tanto deterioro y destrucción provocado por los mismos seres humanos, dar un sí radical a la vida no siempre resulta sencillo, pero hay que seguir luchando por ese sí no acomodándonos a la violencia y la injusticia en cualquier modo que emerjan. Y ese sí se da afirmando la vida de los seres humanos que nos rodean tanto como nuestra propia vida.

Hay destrucción y hay milagros palpables en nuestra humanidad. De estos últimos nos ocuparemos al intentar dar una respuesta afirmativa a la posible significatividad de nuestra vida. El milagro de vivir y generar vida. De experimentar que la vida tiene sentido y contagiarlo. El milagro de la experiencia del amor, esa es la experiencia de la vida contemplativa.

Asistimos a un momento social y eclesial cuya problemática conocemos sobradamente. Pero es nuestro momento y eso hace de él el momento más decisivo. Así imagino que se planteó Jesús su camino: era su momento. Cubriese o no las expectativas de sus contemporáneos, desilusionase o cautivase, ofreció su palabra y su camino. Cada generación de cristianos, de monjes y monjas, hemos de encontrar nuestra manera de decirnos para expresar lo único que importa, el mensaje que trajo Jesús, el nuevo rostro de Dios, un Dios bueno que nos ama y nos busca para abrirnos caminos de vida, porque lo primero que Jesús promete a sus discípulos es la felicidad. Eso será lo que hemos de ofrecer, aunque habrá que saber de qué felicidad hablamos, la felicidad del evangelio.

Sólo abordaré algunos puntos, de entre los muchos que podrían ser desarrollados, partiendo de lo que sugiere la imagen de estas mujeres; pero, antes de entrar en el tema propiamente, quisiera llamar la atención sobre algo.

Ya no es posible, si queremos atender a los signos de los tiempos, abordar algunas cuestiones prescindiendo de la perspectiva de género, ni dentro ni fuera de la

⁵ Cf. J. M. VELASCO, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Ediciones Paulinas, Madrid 1993 (2ª edición), 189. 328.

⁶ T. RADCLIFFE, *Una vida contemplativa*, Editorial San Esteban, Salamanca 2001, 49.

⁷ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, I. SOTELO, *¿Sin Dios o con Dios? Razones del agnóstico y del creyente*, Ediciones HOAC, Madrid 2003 (2ª edición), 103.

iglesia. Al menos quisiera hacer constar que sobre ella reposa en parte mi reflexión. No sólo porque la mayor parte de la vida estrictamente contemplativa, monástica y no monástica, vivida en comunidad esté integrada por mujeres y yo sea una de ellas, sino también porque esa perspectiva plantea retos que asumir.

Sabido es que «el lugar donde uno se encuentra determina el tipo de conocimiento que tiene, tanto más cuanto menos consciente es»⁸. Apuntar el *lugar* desde el que escribo sirva, al menos, para asentar los presupuestos de mi reflexión.

En una ponencia que abría un ciclo sobre la mujer en la teología actual, Carmen Bernabé señalaba como uno de los retos del presente y el futuro lo siguiente:

«Otro reto es implicar a los varones. Lograr que acepten que se trata de una cosa de todos, de una visión nueva de la realidad y no de una “cosa de mujeres”, como el racismo no es una cosa de negros, amarillos...»⁹.

Esta visión nueva de la realidad, en nuestro caso, puede conllevar una implicación a través de la *des-implicación* en algunas áreas. De ello hablaremos más adelante. Únicamente quería ahora que constase que la vida contemplativa es cosa de todos, no sólo de mujeres, no sólo de monjas y monjes.

Me permitiré situarme en la línea ambigua del que es actor y espectador a la vez, hablando desde dentro y desde fuera y, por lo mismo, hablaré indistintamente de lo que la vida contemplativa es, lo que debería ser y lo que está en camino de ser. Al abordar cualquier vida sabemos que ésta se debate entre el *ya pero todavía no* de su realización más plena.

A vueltas desde el siglo III, la larga historia de la vida religiosa, y contemplativa, con el empeño de vivir el evangelio *reunidos y separados*, sabe mucho de su propia indigencia pero también de su riqueza, de la perla preciosa que nadie le puede arrebatar y que ella siempre deseará compartir y ofrecer.

1. El gesto: inspirar, alumbrar.

En un oratorio de Navidad de W. H. Auden, citado por el P. Congar, los tres magos explican por qué han seguido la estrella:

El primero dice: «Yo quiero averiguar cómo se puede ser veraz hoy; por eso sigo la estrella». El segundo dice: «Yo quiero averiguar cómo se puede estar vivo hoy; por eso sigo la estrella». El tercero: «Yo quiero averiguar cómo se puede amar hoy; por eso sigo la estrella». Y luego los tres «Queremos averiguar cómo se puede ser hombre hoy; por eso seguimos la estrella»¹⁰.

A pesar de vivir inmersos en una sociedad veloz y cambiante, hay preguntas que despuntan en todos los tiempos, que siguen desafiando la voluntad de vivir y que nunca tienen respuesta concluyente. Los hombres seguimos tras el brillo de una estrella que nos marque un camino para vivir, para ser felices.

Desde la afirmación de Tales, «todo está lleno de dioses», hasta el actual retorno a lo mágico con la aparición también de múltiples sacralidades *camufladas*, hemos vivido una fuerte y, sin duda, necesaria desacralización o por mejor decir, una metamorfosis de lo sagrado¹¹.

⁸ C. BERNABÉ, *Cuando las mujeres estudian y hacen teología*, en *La mujer en la teología actual*, Publicaciones Idatz, San Sebastián 2002, 44

⁹ *Ib.*, 45.

¹⁰ Y. CONGAR, *Espíritu y Espíritu Santo*, en *Fe cristiana y Sociedad moderna*, 22, Ediciones SM, Madrid 1982, 103.

¹¹ Cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Cristianismo y secularización*, Sal Terrae, Santander 2003, 13-28.

Aun en los tiempos en los que los niveles de pensamiento y reflexión son más bajos, la vida humana ofrece circunstancias en las que el hombre no puede eludir de ninguna manera la pregunta sobre sí mismo y sobre la vida. La búsqueda de sentido y de belleza permanece incluso cuando un materialismo consumista tiende a achicar la conciencia o, quizás, propiciado por el mismo hartazgo de él, de algo que finalmente no ofrece rescoldo en los inviernos de la vida.

Es cierto que no debemos caer ni provocar la caída en el engaño que supone una fe que se reduzca a dar respuesta a las incertidumbres que suscitan situaciones límite¹², pero sí tenemos la responsabilidad de asumir la tarea de crear una sensibilidad capaz de volver a abrir en el hombre la fuente de la experiencia religiosa, volver a abrir el ojo humano para reconocer la existencia de Dios¹³ y, en cualquier caso, acompañar al hombre que se pregunta por su vida, por el sentido y por su futuro.

Para nosotros, creyentes, el Espíritu de Dios recorre todas las experiencias de la vida en espera de un solo gesto por nuestra parte que le dé paso en nuestra existencia. Él está ahí, permanentemente disponible, como Sabiduría que se anticipa cuando intuitivamente encuentra interés en ser hallada; se sienta a la puerta para dejarse encontrar, pasea por los caminos sin imponerse, aunque visible, haciéndose la encontradiza para quien la busca. De esta manera se muestra accesible y disponible a todo tipo de personas¹⁴.

La pregunta *¿cómo se puede ser hombre hoy?* sigue vigente. La pregunta por la sabiduría de la vida. Los tres pilares o puertas de acceso a ella son la verdad, la vida y el amor. Ahí creo que puede inscribirse la vida contemplativa como una forma de vida que puede inspirar, mostrar o evocar caminos de respuesta, en ningún caso, recetas o fórmulas matemáticas.

Gestos como el de las parteras de las hebreas son una inspiración, un destello. Un gesto así es la vida contemplativa, un gesto alternativo que ofrece una posibilidad diferente, lo mismo que las parteras son una alternativa a la decisión exterminadora del Faraón, una alternativa que transmite la vida. El gesto de elegir la vida.

La alternativa que presenta la vida contemplativa es la afirmación de que lo importante no está en tener ni en hacer sino en ser. Así se abre paso el gesto de esta vida, un gesto que confirma la existencia y su valor en lo más íntimo y valioso, en lo que todos poseemos, nosotros mismos. Y se enfrenta al exterminio que supone reducirnos a lo que hacemos, que es importante, a lo que tenemos, que puede ser necesario, y a lo que sabemos, que siempre será una riqueza para compartir.

Además de idea y decisión, aparte de buscar la verdad y necesitar ser eficaces, somos belleza, necesitamos la belleza¹⁵. La experiencia de la belleza, situada en el nivel de «lo inútil», es esencial al hombre. Lo mismo que la experiencia del amor. A esas experiencias, radicadas en el hecho de «ser», les ofrece un espacio humano y afectivo la vida contemplativa.

Gustavo Gutiérrez definió felizmente la obra de Juan de la Cruz como un esfuerzo titánico por decirnos que Dios nos ama¹⁶. Ese es el esfuerzo de titanes que configura la vida contemplativa: revelar ese Dios Amor, pura gratuidad, raíz y sostén de la opción contemplativa, sin el que carecería de sentido.

¹² Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, PPC, Madrid 1996, 103.

¹³ Ib., 57, donde cita a M. GARCÍA BARÓ: «El fenómeno es que se ciega la fuente de la experiencia religiosa, el ojo humano para reconocer la existencia de Dios.»

¹⁴ Cf. M. NAVARRO PUERTO, *Nosotros sabemos, nosotros podemos: Sabiduría y creación en la experiencia espiritual de las mujeres*: Concilium 288 (2000) 71

¹⁵ Cf. J. M. CASTILLO, *La alternativa cristiana. Hacia una iglesia del pueblo*, Sígueme, Salamanca 1987 (8ª edición), 220.

¹⁶ Cf. G. GUTIÉRREZ, *La densidad del presente*, Sígueme, Salamanca 2003, 118.

Estamos inmersos en una cotidianidad fragmentada portadora de muchos sentidos. Descubrir el hilo conductor –la posible congruencia– es labor de toda la vida. La forma de vida –sobre todo la forma de ser– de unas personas que, por su intensidad y su reflexión más que por sus ideas, van al centro mismo de la existencia, ofrece un sentido para la vida, ofrece una respuesta¹⁷. Esas personas, con su vida, pueden evocar el sentido de gratuidad que es lo que, en definitiva, nos lleva a ser felices, a vivir de verdad.

Es en esta trama donde surge la necesidad de la oración y de la contemplación, como «una larga y amorosa mirada sobre la realidad»¹⁸. Una sociedad que no entiende la contemplación no entenderá de justicia, porque habrá olvidado cómo mirar al otro desinteresadamente¹⁹. Habrá perdido el sentido de gratuidad.

La oración es, sobre todo, amistad, relación, experiencia de gratuidad. Esa es nuestra *forma de ser*, la forma de ser de la vida contemplativa. Una forma de ser, de vivir, de amar. Un gesto que responde a la pregunta de cómo ser hombre hoy.

Para la radicalización de esto que es la vida contemplativa, es necesario un ámbito del que después diremos algo, es necesaria la soledad y la interiorización, un recogimiento que cura del derramamiento y dispersión, de la debilidad. Y baste decir, contra lo que a priori se suele pensar, que interiorizarse, explorar el propio yo, *entrar*, es alter-izarse²⁰, y que por ahí va el camino de Jesús, su invitación a la vida, su propuesta ética: una ética de la alteridad, de la compasión, una ética del corazón. Ese camino es el que propone también la vida contemplativa al aparecer como una vida en referencia exclusiva a Jesucristo. Porque, fuera de ese referente, la vida contemplativa deja de existir.

Dios, que tiene muchos caminos para hacerse presente, para hacer experimentar al hombre su Presencia, siquiera como un presentimiento, se insinúa al corazón humano a través de su sed constitutiva. Esta sed persiste, por más que nosotros la podamos adormecer, en el clamor de plenitud intelectual, afectiva, vital y en la experiencia de la alteridad²¹.

No podemos detenernos mucho aquí porque sería salir del tema que tratamos. Pero, al menos, queremos apuntar que el *corazón* no significa de ninguna manera la persona aislada en su interioridad, sino que más bien se trata del punto focal íntimo donde la persona es sensible y está abierta a los demás, el lugar donde se construyen los puentes del «yo tú nosotros»²².

Por eso, en nuestros gestos de reconocimiento y acogida, de estar pendientes del Otro y de los otros, de hacernos cargo de los demás, nos modelamos y creamos a nosotros mismos al tiempo que damos vida con esa apertura.

Desde esa radicalización de la que hablábamos, la vida contemplativa ofrece un cauce de sensibilización, actúa como despertador. Está sentada a la puerta ofreciendo un sentido y acompañamiento. Como educadora del corazón y, sobre todo, como testigo. A modo de caminante en marcha, acompaña en la búsqueda y construcción de una morada para la Sabiduría en nosotros. Invita «a construir un hogar feliz en el corazón humano»²³, una estancia donde poder descansar, ser nosotros mismos, donde poder mantener una relación humana con todo y todos. Esta construcción más que a una tarea

¹⁷ Ib., 117.

¹⁸ L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Cristianismo*, o.c., 157

¹⁹ Cf. T. RADCLIFFE, *Una vida*, o.c., 15.

²⁰ Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración, experiencia liberadora. Espiritualidad de la liberación y experiencia mística teresiana*, Sígueme, Salamanca 1989 (2ª edición), 85-86.

²¹ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, I. SOTELO, *¿Sin Dios o con Dios?*, o.c., 126-127.

²² Cf. B. HÄRING, *Libertad y fidelidad en Cristo, I*, Herder, Barcelona 1990, 198.

²³ R. PANIKAR, *Invitación a la Sabiduría*. Espasa Calpe, Madrid 1999 (3ª edición), 17.

de ingenieros se parece a un parto²⁴, porque «las cosas más valiosas de la vida –los niños, las ideas, las obras de arte– se gestan no se gestionan»²⁵, se alumbran, no se negocian ni mercadean. Se reciben.

Sabemos del eclipse de Dios, de la ausencia de experiencias de Dios²⁶, pero también sabemos que ya no debemos identificar secularización y desinterés por lo religioso²⁷. Hay que provocar esa experiencia acercándonos a ese interés existente, descubriendo sus portillos. Provocar acogiendo. Por eso es más necesaria que nunca la consigna que Teresa de Jesús dejó al decirnos qué es oración, qué es entrar en relación: «es bien estéis mirando con quién habláis, y quién sois vos»²⁸; es necesario saber quiénes somos y a qué humanidad nos acercamos, para saber por dónde hace aguas, por dónde asoma su sed y su riqueza, y de este modo poder ofrecerle claves para entrar en la experiencia de Dios.

Si cualquier profundización en la existencia, el presentimiento del misterio ante el amor y la amistad, la belleza o la muerte, va encaminado a la oración²⁹, ofrecer un espacio físico y humano de encuentro es parte de la razón de ser de la vida contemplativa: ofrecer espiritualidad no como una dimensión que se puede añadir sin más a otros aspectos de la vida, sino como una fuerza integral y constitutiva de la vida entera³⁰. Todos los hombres, de una forma u otra, están en búsqueda de una razón para vivir, de un sentido que justifique su existencia. La respuesta de la espiritualidad es Dios y su experiencia de vida³¹.

La presencia contemplativa puede suscitar la conciencia del misterio y debe estar preparada para acompañar la experiencia de ese misterio que, cristianamente, se presenta siempre en términos de relación personal. El misterio no es algo, es Alguien. Acompañar la experiencia desde sus gérmenes confusos³² y acompañarla también desde el misterio de las relaciones interpersonales, porque ahí entra y se pone en juego toda la vida, ahí se experimenta que contemplar es vivir dinámicamente la vida teologal, que significa acoger a Dios en fe y amor, única forma de acoger a los demás, a cualquier prójimo. Y esto porque la experiencia, por definición, si es verdadera, es integradora de todas las dimensiones del ser humano³³. Inspirar con una forma de vivir, alumbrar caminos para el corazón, evocar la Presencia, acompañar, esa es la forma de ser de la vida contemplativa.

Al cerrar este paso, acude a mi memoria Sócrates, que decía practicar el mismo arte que su madre, que era comadrona: el arte mayéutica, el arte de ayudar a engendrar. Sócrates es acusado de esterilidad. Él no lo niega, sino que insiste en que no puede él mismo engendrar sino sólo ayudar a procrear. Su impotencia personal es potencia interpersonal, el arte de ayudar a engendrar³⁴.

²⁴ Ib., 36.

²⁵ L. RAMÓN, *Existencia cristiana en clave de mujer* en *La mujer en la teología actual*, Publicaciones Idatz, San Sebastián 2002, 173.

²⁶ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano*, o.c., 13.

²⁷ Cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Cristianismo*, o.c., 161.

²⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, Camino de perfección, 22,1. Citaremos siempre por la edición de *Obras completas* a cargo de M. HERRÁIZ, Sígueme, Salamanca 1997, usando las siglas que se indican en la p. 7

²⁹ Cf. O. CLÉMENT, *Aproximación a la oración. Los místicos cristianos de los orígenes*, Narcea, Madrid 1986, 15.

³⁰ Cf. N. KIM, *Las mujeres, las asiáticas portadoras de ba-ram: espiritualidades feministas*: Concilium 288 (2000) 16

³¹ Cf. R. CHECA, *La pastoral de la espiritualidad cristiana*, Monte Carmelo, Burgos 2000, 288.

³² Ib., 262-263.

³³ Ib., 82-89.

³⁴ Cf. J. FERRATER MORA, *Diccionario de filosofía*, 3, Círculo de Lectores, Barcelona 1991, 2158.

Ahí está el gesto de la vida contemplativa que no es una reunión de personas sabias, sino de personas que ayudan a engendrar o a producir sabiduría, vida. Ese hogar que es un campamento con espacios abiertos, sencillísimo, que no es la suma de conocimientos y ni siquiera acumulación de experiencias³⁵.

2. Memoria: pobreza y esperanza.

Al hablar de la vida contemplativa es necesario recoger algo de su historia y conocer el claroscuro en el que se desarrolla. El signo de presencia y de servicio a la humanidad de la vida contemplativa es pobre; no tiene apoyaturas en el necesario y efectivo servicio social que conlleva la fe. Tiene por espacio el misterio, y, en él, la pobreza tiene su expresión más radical³⁶.

Desde ese espacio, la vida contemplativa afirma con fuerza y recuerda permanentemente que la Iglesia es algo más que un grupo benevolente socialmente útil. Una Iglesia así no podría justificar su existencia, podría ser reemplazada. La Iglesia es más que un grupo de presión, más que un agente de bienestar social. Debe tener una identidad religiosa distintiva; ahí encuentra su lugar la vida contemplativa³⁷, recordando la razón de ser cristiana: el encuentro con Jesús, el seguimiento de él.

Ni la innegable pobreza del signo, ni la posible falta de aceptación social deben desdibujar la realidad de la vida ni su validez profunda. También la vida de Jesús estuvo presidida por la ambigüedad³⁸. Pero ni la pobreza ni la ambigüedad quitan verdad a la vida. «Orar es *hacer* por los demás. *Orar es servir*»³⁹.

Evidentemente, este tipo de presencia y de servicio tiene innumerables riesgos y, siempre cercano, el peligro de desvirtuación. La contemplación separada del empeño por hacer historia con el resto de la Humanidad e historia de Salvación, apartada del trabajo común por hacer del mundo un lugar más saludable y justo para todos, se convertiría en una vida *platónica*, en una vida vacía de sentido.

Aun sin darle una relevancia excesiva, quiero abordar aquí el tema de la clausura. Será siempre un medio intrínseco, en ningún caso un fin en sí mismo. Con todo, al hilo de ella se pueden desmenuzar varios aspectos que forman parte de la historia de la vida contemplativa y que resultan reveladores al reflexionar sobre esta forma de existencia cristiana.

Es necesario tener memoria. La memoria es una fuerza creadora de futuro. Y también lo es recuperar la historia. Ella es un espacio para el encuentro y la solidaridad. Conocer los caminos que nos han llevado al hoy hace más comprensible la cotidianidad en que nos desenvolvemos, da claves de interpretación para el presente y llaves para el futuro.

Podemos ver la clausura como un lugar histórico y simbólico de conocimiento y autoconocimiento y como un lugar teológico para reconocer y recoger la vida y la Gracia derramada en tantas vidas, especialmente de mujeres, que no antepusieron nada al amor de Cristo y mantuvieron la opción por el *Único necesario* en una estrecha y a menudo no deseada ni comprendida clausura⁴⁰.

³⁵ Cf. R. PANIKKAR, *Invitación*, o.c., 29.

³⁶ Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración*, o.c., 194.

³⁷ Cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Cristianismo*, o.c., 127.

³⁸ Cf. M. FRAJÓ, *El cristianismo. Una aproximación*, Trotta, Madrid 2000 (2ª edición), 22.

³⁹ M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración*, o.c., 118.

⁴⁰ Cf. M. J. ARANA, *La clausura de las mujeres. Una lectura teológica de un proceso histórico*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1992, 29. Magnífico trabajo que a través de un método histórico-teológico ayuda a descubrir el potencial liberador de la historia. A él remito, por su lucidez y proyección de futuro, para todas las implicaciones que tiene el tema de la clausura femenina, y que no es posible abordarlas aquí.

Las raíces de la clausura, como sabemos, no son exclusivamente religiosas, ni siquiera principalmente. La clausura tiene raíces socioculturales y simbólicas muy relacionadas con una antropología misógina⁴¹. En este punto, la vida contemplativa femenina y masculina se separan profundamente y tienen dos historias que contar. Por aquí iba el primer apunte que hice sobre la des-implicación masculina, hablando de la vida contemplativa femenina. No creo que sea necesario abundar en la distinta libertad y relevancia que las comunidades contemplativas masculinas han tenido a lo largo del tiempo. En la larga y a veces tortuosa historia de la clausura, hemos rozado algunos extremos. Desde fuera de la vida contemplativa y desde dentro, si ha habido una gran dosis de imposición y de querer mantener a las monjas con una sujeción total a los hombres⁴², también es cierto que las mujeres contemplativas han caído en una gran pasividad y retraimiento.

Siempre han existido mujeres conscientes de que es imposible dictar desde fuera leyes adecuadas para crear las estructuras en las que un carisma se desarrolle. Que se han rebelado a un trato que nos convierte en menores de edad. Este criterio es válido para cualquier caso: la norma debe gestarse en el interior de la persona. El diálogo es el lugar del equilibrio en la necesaria interacción que debe haber entre lo que viene de fuera y lo que nace de dentro. Ni una persona ni un grupo se basta a sí mismo para ver por sí solo, ni la imposición externa genera nada positivo y constructivo. Para evitarnos el posible desaliento hay que recordar que las leyes del diálogo son lentas, que hay que atravesar la postura defensiva inicial y pasar por el respeto para llegar a una integración⁴³. Por ahí puede la historia dar un paso adelante, del que todos somos responsables.

Baste el ejemplo de aquella clarisa que frente a las normas tridentinas decía que «en lo que toca a la clausura no les obliga a ello porque no la han votado, ni el Papa les puede obligar porque él es justo y no puede hacer cosas injustas»⁴⁴, pero también es precisamente dentro de la vida contemplativa donde se ha dado la gran inversión del valor de la clausura convirtiéndolo en un contravalor. La historia hasta nuestros días revela que ha habido momentos en los que en vez de estar la clausura al servicio de la vida contemplativa ha sucedido exactamente al revés. Si el hombre es señor del sábado, la vida contemplativa lo es, debe serlo, de la clausura.

Además, algo a menudo olvidado, con relación a la clausura es que las normas deben tender al mínimo. Son necesarias pero relativas; importantes pero no determinantes; dan pistas pero no estrechan ni impiden la verdadera búsqueda y el discernimiento; de lo contrario, anularíamos el espíritu generoso y creativo que todos los seres humanos llevamos dentro, lugar donde actúa el Espíritu de Dios.

Y esto ha sido así desde los orígenes hasta nuestros días. Para muestra cito dos textos que podrían dar en los cabos del arco iris de formas y colores que es la vida contemplativa en la iglesia, tan rica en matices:

De la regla de san Benito: «Tú, entonces, seas quien seas, que te apresuras por llegar a la patria celestial, cumple bien con la ayuda de Cristo esta mínima regla que hemos redactado como una iniciación...»⁴⁵.

⁴¹ Ib., 302.

⁴² Ib., 304.

⁴³ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Migajas cristianas*, PPC, Madrid 2000, 103.

⁴⁴ Cf. M. J. ARANA, *La clausura*, o.c., 185.

⁴⁵ *Regla de Sant Benet amb glosses per a una relectura de la Regla benedictina per l'abat Cassià M. Just*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1981, 150.

De la regla de Taizé: «Si esta regla hubiera de considerarse un logro y dispensarnos de buscar cada día más el designio de Dios, la caridad de Cristo, la luz del Espíritu Santo, sería el cargarnos con un peso inútil»⁴⁶.

Es y será inevitable la tensión al dar forma y crear una estructura para la propia vida. Si los límites están demasiado abiertos, se puede perder la identidad, si demasiado cerrados y fijos, se puede llegar a un aislamiento, nocivo siempre. El equilibrio y flexibilidad son imprescindibles. La memoria y el discernimiento, memoria agradecida y crítica y un discernimiento responsable, son la fuerza de la creatividad, la fuerza para hacer cambios significativos⁴⁷.

Quien ha recibido un carisma está en la mejor de las disposiciones para ser responsable de él, a todos los niveles⁴⁸. Esa recepción conlleva un conocimiento no sólo conceptual sino sobre todo existencial, que promueve una libertad responsable y que hace posible la elección de los cauces adecuados para la vivencia del carisma. La autonomía de las mujeres es necesaria. Sin autonomía no hay sujeto moral real. Es tarea eclesial animar y exigir a las mujeres esa autonomía que conlleva el compromiso de decisiones libres y responsables⁴⁹.

La historia de la Iglesia y de la vida religiosa, por centrarnos sólo en ese campo, revela una acusada tendencia a la uniformidad y a una unidad compulsiva. Esta compulsión, sea en las sociedades o en las personas, revela siempre un desajuste, una separación interna⁵⁰, una desviación. La larga reducción femenina al silencio en este terreno ha sido uno de los ejes de esa uniformidad que permite un determinado control y fomenta el pasivismo.

El patriarcalismo es uno de los pilares de esta tendencia. No podemos detenernos, ni es el propósito de esta reflexión, en analizar esta realísima traba de la construcción social. Baste una mínima definición aproximativa que recuerde que el concepto *género* está íntimamente ligado a esa traba que, de modo general, es una forma de organización de las relaciones entre los sexos que confiere al hombre poder sobre la mujer. Pienso que más que combatir o destruir, debemos presentar alternativas. Revelar, con v, más que rebelar, con b⁵¹. Una creatividad positiva que surge tanto de la intuición apasionada como de un lento aprendizaje; de la resistencia y de un conocimiento progresivo⁵². Presentar desde ahí un universo simbólico diferente, con la capacidad transformadora que ello tiene, huyendo de una feminización que sería tan estéril como el patrón patriarcal lo es hoy⁵³.

Hay que recuperar la voz y la creatividad, más allá de lo que injustamente, tanto para los varones como para las mujeres, se ha definido como valores específicos de la mujer. Y hay que hacer esto porque al tiempo que parece que ensalza a la mujer, la convierte en invisible. Una ética del cuidado, centrada en la comprensión de las responsabilidades y las relaciones, es una alternativa concreta no anclada en cualidades estricta y supuestamente femeninas. Seguir recuperando esa sensibilidad para todos, para la iglesia y para el mundo. Una ética que se desvele en la compasión, la intuición, la amabilidad, la escucha y la receptividad, que sirva para presentar a Dios como *poder*

⁴⁶ R. SCHUTZ, *La regla de Taizé y Unanimidad en el pluralismo*, Herder, Barcelona 1971, 65.

⁴⁷ Cf. B. HÄRING, *Libertad*, o.c., 113.

⁴⁸ Cf. M. J. ARANA, *La clausura*, o.c., 299.

⁴⁹ Cf. L. RAMÓN, *Existencia cristiana*, o.c., 156.

⁵⁰ Cf. P. PEÑALVER GÓMEZ, *La mística española (siglos XVI y XVII)*, Akal, Madrid 1997, 21

⁵¹ Cf. M. J. CAVA MESA, *Mujer e historia: hacia un Nuevo paradigma en C. BERNABÉ (DIR.), Cambio de paradigma, género y eclesiología*, Editorial Verbo Divino, Estella 1998, 51.

⁵² Cf. M. NAVARRO PUERTO, *Nosotros sabemos*, o.c., 66.

⁵³ Cf. I. GEBARA, *Espiritualidad feminista: riesgo y resistencia* en Concilium 288 (2000) 48.

*en relación*⁵⁴ en una sociedad que avanza coja, y a la que hay que recordarle que la felicidad de la vida, depende justamente de eso, de la calidad de nuestras relaciones.

Ya he hablado antes del ámbito necesario, también definitorio, para desarrollar una vida contemplativa, lo mismo que para brindar a los demás ese espacio de encuentro. La clausura es ese ámbito de silencio y soledad real, física. Y el ámbito de una nueva forma de relación. Siempre será necesaria una mínima estructura capaz de albergar, de proporcionar andamio a una opción de vida que no se puede desarrollar improvisadamente. Cada época y cada generación ha de crear su estructura y superar los dos peligros ya apuntados que siempre acechan: convertir lo superfluo en esencia y perder identidad en pro de una actualización vacía.

Este ámbito implica una libertad profunda. Esta libertad es esencial, indispensable para la vida contemplativa. Una nueva relación con uno mismo, con los demás y con todas las cosas forma parte de lo que llamamos *clausura*. El paso del espíritu de posesión al de desprendimiento abre la puerta de la contemplación⁵⁵. Es necesario que lo que revele nuestra vida *de clausura* sea eso; la no ultimidad de todo, una *fuga mundi* que significa sustraerse a lo que de injusto tiene el sistema presente, separarse del mundo porque se ha quedado aferrado a lo puramente actual y disponible⁵⁶. Es importante vivir en una generosa apertura al hombre de hoy, pero deben siempre existir signos de lo intemporal; sin ellos se perdería la capacidad de hacer presentir al hombre el acontecimiento de Dios y su trascendencia⁵⁷.

Pero también esta clausura significa permanencia, una presencia que confirma la continuidad, la cadena de vida compartida, una red que hace que la vida se propague sin interrupción. En una sociedad que tiende al consumo y a la sustitución permanente de lo que se posee, hay que presentar la posibilidad de permanencia, abrir un diálogo sobre la trascendencia.

Concluyo este apartado con una palabra sobre la esperanza: la vida contemplativa puede incluirse entre las llamadas *formas comunitarias de resistencia*⁵⁸. Existimos como una minoría en medio de nuestra cultura, en posición social marginal y sin ningún influjo. Nuestras raíces están en Israel. Somos pequeñas comunidades en la diáspora. Lejos de asustarnos por ello, nuestra historia, la historia de nuestras raíces, ilumina nuestro futuro. Además, nuestro fin no es la supervivencia sino la profecía. Tener conciencia de ello libera del miedo.

No somos minoría por elección, ni hemos elegido las condiciones sociales en las que actualmente vivimos. Ningún éxodo, en cuanto camino al exilio, es voluntario⁵⁹; pero el actual exilio de la vida contemplativa es lugar privilegiado para ofrecer un modo alternativo de ser y de vivir, de relacionarse, una comunidad basada en el compartir que ofrece un nuevo modelo de convivencia⁶⁰, que es fuente de reconciliación entre sus miembros y para los demás. Pequeños focos dispersos de cristianos silenciosos, pero no callados ni indiferentes ante nada de lo que sucede en nuestra historia, casi anónimos,

⁵⁴ Cf. L. RAMÓN, *Existencia cristiana*, o.c., 152, 160.

⁵⁵ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano*, o.c., 49.

⁵⁶ Cf. J. LOIS, *Contemplativos en la liberación* en AA.VV. *Espiritualidad cristiana en tiempos de crisis. VI semana de Estudios de Teología Pastoral*, Editorial Verbo Divino, Estella 1996, 161.

⁵⁷ Cf. R. SCHUTZ, *La regla de Taizé*, o.c., 86.

⁵⁸ Cf. H. TILLMANS, *Dimensiones proféticas de la vida religiosa* en K. SCHAUPP-C. E. KUNZ, *Renovación o refundación? Vitalidad y cambio en las Congregaciones religiosas*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2003, 180.

⁵⁹ Cf. M. GRUBER, *Exilio y diáspora. Paradigmas bíblicos de crisis y nuevo comienzo* en ib., 98.

⁶⁰ Cf. J. M. CASTILLO, *La alternativa*, o.c. 83 y ss.

que mantienen encendida la chispa originaria con el lenguaje *primero*, el de la fe vivida⁶¹.

El exilio es terreno propicio para la esperanza. Los lazos en la comunidad se hacen más fuertes y se acrisola el sentido de la solidaridad en el amor entre los miembros porque se profundiza en lo más esencial de la identidad.

La esperanza es vivir con confianza y es un signo de la presencia de Jesús en la vida. Teilhard de Chardin repetía que «el mundo pertenece a aquellos que le ofrecen la mayor esperanza»⁶² y podríamos decir que pertenece también a quienes sean capaces de mostrarle la posibilidad de vivir confiados, con confianza, sin miedo.

En un mundo que tiene gran capacidad para silenciar a los testigos y adormecer las preguntas últimas⁶³, es imprescindible mostrar un rostro de esperanza; a través de ella el hombre se inclina hacia su intimidad y percibe que su vida significa *estar con y existencia que avanza*⁶⁴. Por eso importa tanto.

Ser testigos de la esperanza y de gratitud. Dos experiencias humanas en las que Dios se insinúa. Por ello, esos pequeños núcleos diseminados de orantes que trabajan por liberarse de la inhumanidad, del egocentrismo que destruye la esperanza, que se hacen cultivadores de una sensibilidad por todo lo que afecta a los demás, revelan a quien a ellos se acerca algo que humanamente no se explica⁶⁵. Provocan preguntas.

3. Laboratorios.

La vida contemplativa es un pequeño laboratorio de algo profundamente humano. Un campo donde se cultiva algo que es universalmente compartido. Los hombres y mujeres que viven dedicados exclusivamente a estas labores que podríamos llamar de gestación no agotan la expresión ni la vivencia de la contemplación de una vida contemplativa, pero un exceso de sobrenaturalismo ha desfigurado con frecuencia el rostro de nuestra vida contemplativa; o, como poco, ha encubierto su belleza alejando a hombres y mujeres que asomándose a esta posibilidad en su interior y descubriendo su personal llamada a la contemplación, no han podido ver un reflejo compartido en nuestra vida.

La dimensión contemplativa es una dimensión antropológica, universal. Está en el interior de todos. Nuestra vida es una acentuación, una posibilidad humana en perspectiva religiosa, como dice Schillebeeckx⁶⁶. Como signo escatológico que es no tiene razón de ser fuera de la llamada divina. De tal modo que, a pesar de la ineludible exigencia interna de dar razón de nuestra esperanza, siempre se nos escapará su verdadera razón para anclarse finalmente en el misterio de Dios, en la fe y en la respuesta confiada a la experiencia de un amor mayor.

Sólo voy a hacer hincapié en dos cosas: la búsqueda de Dios que lleva a un encuentro con el hombre y la fraternidad. Búsqueda y fraternidad remiten directamente a vida en relación y ahí es donde nos lo jugamos todo: la felicidad, la plenitud y el sentido de la vida en relación. El hombre es existencia en relación y «creer es una experiencia a la vez íntima y comunitaria»⁶⁷. La fe es una relación.

⁶¹ Cf. M. FRAJÓ, *El cristianismo*, o.c., 151.

⁶² B. HÄRING, *Rebosad de esperanza*, Sígueme, Salamanca 1973, 22.

⁶³ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, I. SOTELO, *¿Sin Dios o con Dios?*, o.c., 127.

⁶⁴ Cf. B. HÄRING, *Rebosad*, o.c., 192.

⁶⁵ Cf. J. M. CASTILLO, *El futuro de la Vida Religiosa*, Trotta, Madrid 2003, 213.

⁶⁶ Cf. E. SCHILLEBEECKX, *Soy un teólogo feliz*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1994, 119.

⁶⁷ G. GUTIÉRREZ, *La densidad*, o.c., 42.

La búsqueda la podríamos definir como un descenso hacia el corazón⁶⁸, como una conversión continua hasta despertar las energías de la persona para disponerse para lo bueno⁶⁹. El descenso hacia el corazón consiste en la vuelta al centro de nosotros mismos, un regreso, una salida de la dispersión habitual en la que se mueve nuestro corazón y que supone una sangría interna.

En ningún caso esta salida es una huida ni una evasión. No es una negación de la bondad que nos rodea. El contemplativo se distingue por la afirmación de todo lo bueno y por la capacidad para reconocer cualquier signo de vida. Afirmación de lo que a veces puede resultar menos evidente, pero a través de lo cual la persona se recupera tramo a tramo a sí misma, se reconquista para la relación, para la amistad.

Si somos capaces de iniciar este descenso es porque hay Alguien que nos busca y espera. Sólo un Alguien es capaz de hacernos iniciar esta peregrinación. Sin un quien el hombre no cambia, no da un giro a su vida. Y si este *Quien* atrae es porque revela una bondad y una belleza, una ternura viva que no se deja apresar por las palabras. Este Quien se manifiesta como la Presencia que está metida en las pequeñas realidades, que libera con ternura la opresión de grandes sufrimientos, que apoya sin agobiar, que libera sin desvincular⁷⁰.

Vuelve el texto ya mencionado de Teresa de Jesús porque es clave para esta búsqueda, para la relación, para la amistad: «es bien estéis mirando con quién habláis, y quién sois vos». Hay que saber con Quien estamos y hay que saber quiénes somos, descubrirnos y recuperarnos en ese descenso, ahí es donde Dios nos espera, porque «jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios»⁷¹.

Somos *criaturas amorosas*⁷². En esas dos palabras queda recogido el núcleo más profundo de lo que somos, necesidad y posibilidad, estrechez y riqueza. Y si lo que define al Dios cristiano es el amor, nosotros, como hechura suya, somos criaturas amorosas, volcadas hacia la relación, siempre hacia delante.

Llegar a descubrir quiénes somos es el camino de encuentro con el Dios que nos habita. Recuperar y reconstruir nuestra casa interior, nuestra identidad más profunda, una identidad no rígida sino creadora, esponjosa, capaz de vivir desviviéndose en lo cotidiano. Ahí, en lo cotidiano, se halla un espacio de cambio, de resistencia a una dominación externa y puramente racional⁷³. Lo cotidiano está conectado con la liberación y con lo sagrado. Este camino de vuelta a nosotros, a nuestra interioridad, transforma nuestra vida y nuestras relaciones. Y es el camino del encuentro con Dios.

Si hay que recuperar y reconstruir es porque estamos heridos. Por eso el camino hacia Dios es un camino de salud para el hombre; y la salud, la satisfacción de quien recupera la propia vida, se comunica por sí misma, se difunde naturalmente como algo intrínseco a sí misma.

La soledad y el silencio son dos de las características de estos pequeños laboratorios, sean pequeñas casas o grandes monasterios, estén en el centro de las ciudades o en las periferias, en bellos parajes naturales o en pequeños pueblos perdidos en el mapa de cualquier país. Son muchas las cosas accidentales, y por tanto mudables, que aparecen en una vida contemplativa, y unas pocas cosas esenciales las que la definen y permanecen en cualquier generación de contemplativos, sean cuales fueren las

⁶⁸ Cf. O. CLÉMENT, *Aproximación*, o.c., 85.

⁶⁹ Cf. B. HÁRING, *Libertad*, o.c., 197.

⁷⁰ Cf. T. LEÓN MARTÍN, *Hablar de Dios con palabras de mujer* en *La mujer*, o.c., 84

⁷¹ SANTA TERESA DE JESÚS IM 2, 9.

⁷² Cf. J. MARÍAS, *La perspectiva cristiana*, Alianza Editorial, Madrid 1999, 101.

⁷³ Cf. A. M. TEPEDINO, *¿Quién dicen las mujeres que soy yo?* en J. J. TAMAYO ACOSTA (DIR.), *10 palabras clave sobre Jesús de Nazaret*, Verbo Divino, Estella 1999, 446.

circunstancias en que desarrollen su vida. La soledad y el silencio son dos de esas cosas esenciales. Una y otro están en función de este viaje al interior, de esta búsqueda y del servicio que supone entregarse a esa experiencia, porque la búsqueda de Dios nunca se hace sólo para uno mismo. Tal actitud desvirtuaría en la raíz el viaje y nos llevaría a ninguna parte.

La capacidad para estar en soledad revela la auténtica disponibilidad para con los demás. La decisión de asumir voluntariamente la soledad revela la voluntad de asumir también, con Jesús, «la soledad radical que hay en la existencia de toda persona humana: la del anciano, la del joven, la del célibe involuntario, la de los esposos, la del marginado, la de la divorciada, la del moribundo...»⁷⁴.

Y el silencio, necesario para la construcción del espacio interior donde poder tomar contacto con nosotros mismos. El silencio es una actitud del corazón que dispone para escuchar, y no sólo, aunque también, es ausencia material de palabras; es, además, el suelo en el que crece la relación interpersonal. «En el silencio hay una fuerza de purificación, de clarificación y de comprensión de lo esencial»⁷⁵ que nos permite prestar atención a los demás, respetar su intimidad y comprender que el otro existe de manera tan interior como yo⁷⁶, enraizado en el misterio. En ese silencio que significa estar pendiente de la Verdad y la Belleza se procura también el distanciamiento respecto de las cosas menudas y la capacidad de no dramatizar los accidentes de la vida diaria. En el silencio se aprende a vivir en profundidad⁷⁷. El retorno que, a través del silencio, podemos hacer hacia la belleza interior, la que nos rodea en los demás y en todas las cosas, no es privilegio de espíritus refinados, sino llamada también universal. Recuperar la intuición para descubrir la belleza requiere una ascesis. La vida contemplativa debe ser maestra de esa ascesis, que es la disminución voluntaria de las necesidades, para compartir y dejar libre el deseo⁷⁸.

Este viaje, este descenso, o como lo prefiramos llamar, es el camino de un descentramiento radical, el trascendimiento de uno mismo⁷⁹. En ese descentramiento se descubre a sí misma la criatura amorosa que somos. No a través del conocimiento sino reconociendo, dejándose amar. Pasando de ver a ser visto, de llamar a ser llamado y de buscar a ser buscado⁸⁰. Es un viaje a la libertad, un desplazamiento para hacer del otro nuestro centro de atención. De ese *estar libre para los otros* nace la alegría, la felicidad que promete Jesús y la creatividad para hacer el camino de la realización personal.

En la atmósfera de relativismo que respiramos, no será fácil al hombre reconocer su llamada a la libertad, que ha sido creado para descubrirse y dar un paso más allá, en pos de una plenitud y felicidad mayor. Vale la pena traer aquí un texto que lo dice clarísimamente:

«Ahora bien, un hombre cuyo sentido de libertad es declinante pierde la noción de su dignidad. Deja de palpase el alma, como decía Unamuno, no sabe dónde la tiene. Y a menos conciencia de libertad y dignidad, menos color y menos sustancia en el mundo entorno; menos sed espiritual. En definitiva, un misterioso desvanecimiento de preguntarse con todas las fuerzas por el sentido del universo y de uno mismo...»⁸¹.

⁷⁴ *Regla de Sant Benet amb glosses*, o.c., 163.

⁷⁵ *Ib.*, 182.

⁷⁶ Cf. O. CLÉMENT, *Unidos en la oración. Padrenuestro, Oración al Espíritu Santo, Oración de San Efrén*, Narcea, Madrid 1995, 95.

⁷⁷ Cf. R. ROSSI, *Juan de la Cruz. Silencio y creatividad*, Trotta, Madrid 1996, 41.

⁷⁸ Cf. O. CLÉMENT, *Unidos*, o.c., 98.

⁷⁹ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano*, o.c., 78.

⁸⁰ *Ib.*, 105.

⁸¹ M. GARCÍA BARÓ citado en J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano*, o.c., 56.

Desde su radical discreción, la vida contemplativa tiene que seguir aligerando sus estructuras para aparecer realmente próxima y poder despertar, comunicar la llamada a la libertad, la conciencia de la dignidad de ser hombres. Sobre todo, a través del testimonio de la alegría y la esperanza que nacen de ponerse en camino, en la decisión de emprender ese viaje. Testimoniar acompañando, compartiendo este viaje que dura la vida entera.

Ya he dicho que lo que recuperamos en esta búsqueda amorosa es nuestro ser relacional, apertura de amor y libertad. Por eso, esta búsqueda da un giro profundo a las fuerzas más negativas de nosotros mismos radicadas en el egocentrismo posesivo. Este giro provoca necesariamente el ser comunidad. El hombre es y llega a descubrirse *ser-con* en su apertura al Otro y en su apertura a los otros.

Hay detrás de esto una idea muy elemental, una experiencia vital sobremanera sencilla de hondo calado: Dios es comunión y comunidad y andar con Él nos diviniza de esa manera, humanizándonos, haciéndonos comunión, comunidad y comunicación de amor, como Él mismo es para nosotros en Jesús. «El punto de arranque de la espiritualidad cristiana es la experiencia comunitaria»⁸². La fraternidad es la experiencia de la felicidad evangélica, y la vida contemplativa es un ensayo de fraternidad, de esa felicidad.

«Y sólo entonces debéis estar contentos:
Cuando miréis a vuestros hermanos con caridad»

Esta cita de Jerónimo que recoge J. Jeremías⁸³ sirve de pórtico y da una primera y definitiva pista sobre el sentido de la fraternidad cristiana. Continúa el autor explicando que la piedra de toque para saber si una persona pertenece de verdad a los discípulos de Jesús es el poder mirar al hermano con amor, alejar del corazón todo lo que separa del hermano⁸⁴.

El porqué de la decisión de vivir juntos es, al menos de entrada, sencillo: nos definimos como seguidores de Jesús; y Jesús, lo primero que hizo cuando empezó a predicar el Reino de Dios fue reunir un grupo de discípulos, crear comunidad. El mensaje de Jesús es una vida, una forma de vivir y esa forma es la comunidad⁸⁵. Este ensayo, este empeño por la fraternidad es una lucha que tiene su razón de ser y su consistencia en la adhesión incondicional a Jesús. Ahí se sostiene la comunidad. Si las personas que se reúnen para vivir así mantienen unas relaciones permanentes y profundas se debe a esto, a que comparten una adhesión profunda e igual a Jesús, aunque totalmente personal e irreplicable en cada una de ellas.

Lo que Jesús, que es quien convoca, propone es un cambio profundo de esquemas. Relaciones nuevas, una forma nueva de ser en relación, de mirar a los otros, de ser con los demás. La comunidad de Jesús se construye sobre la base del compartir y del servicio, sobre el programa de las bienaventuranzas⁸⁶.

Ya apunté en el apartado anterior la fuerza, la luz que brinda en el hoy que nos ha tocado vivir un grupo de personas ofreciendo una convivencia distinta, basada en compartir lo que uno es y tiene, en la búsqueda permanente de un corazón *limpio*. Limpio para ver al otro, no para caer en una pureza que se traduciría en lejanía de los demás.

⁸² J. M. CASTILLO, *Espiritualidad para comunidades*, San Pablo, Madrid 1995, 39.

⁸³ J. JEREMIAS, *Palabras desconocidas de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1996, 96.

⁸⁴ *Ib.*, 97.

⁸⁵ Cf. J. M. CASTILLO, *Espiritualidad*, o.c., 22.

⁸⁶ Cf. J. M. CASTILLO, *La alternativa*, o.c., 40, 51.

Aquellos monjes que sembraron con sus vidas, con su intuición, su libertad y su determinación la nuestra, sabían muy bien que los engaños de la vida están en el corazón, no en la inteligencia ni en cualquier otra parte⁸⁷. Aquellos monjes sabían que había que ir tras la lucidez del corazón para llegar a vivir el *único* mandato del Señor que nos permite ser reconocidos como discípulos suyos, el del amor de unos a otros, en la misma forma que él nos amó: dándonos.

Nuestras comunidades son pequeñas familias. No son un ideal humano, son una realidad dada por Dios, recibida. Esa es la experiencia de cuantos vivimos fraternamente en una comunidad de vida. Esa comunión es una llamada de Dios que nos mantiene en el seguimiento de su Hijo. Ahora bien, esa comunidad *dada* también *da* una palabra: es posible vivir como hermanos. Y eso es lo que transmite también un grupo de mujeres o de hombres que viven *permanentemente* –y el dato no es trivial– en comunidad. La comunidad cristiana revela dos cosas al unísono: que la comunión es recibida, es un don, confiesa que es Dios quien nos junta, y, por otra parte, que nos junta *para* los demás.

En una comunidad contemplativa se reúnen personas que proceden de diferentes lugares geográficos, con distintas culturas e ideologías, con diferentes sensibilidades e inquietudes y en ella los saltos generacionales son grandes. Una comunidad humana de estas características conoce el conflicto y el desencuentro entre sus miembros. Si fuera una comunidad ideal poco podría decir a la comunidad humana que se bate en tantos frentes, que vive inmersa en una pluralidad tan grande y que se ve asediada por múltiples rupturas. Por eso, cuando una comunidad de estas características puede seguir compartiendo su fraternidad con quien se acerca, afirma que Cristo está haciendo posible una comunión que está por encima de todas las cosas que nos separan, y que, realmente es posible vivir amándonos, respetándonos y buscando el bien de los demás por más diferencias que existan entre nosotros.

Y, como decíamos, la comunidad cristiana lleva en su germen la llamada a la misión. No como un añadido o una elección sino como parte de su ser. Una comunidad cristiana sólo se entiende a sí misma en el servicio, sea del tipo que sea, y así es para las comunidades contemplativas: son comunidades al servicio de la iglesia y de la humanidad.

Si el fruto más inmediato del Espíritu Santo es la formación de la comunidad cristiana⁸⁸, el fruto más inmediato de ésta es el servicio de comunión. Donde Dios obra, la comunidad surge, se hace. Dios que siempre está obrando, siempre está creando comunidad.

4. La oración

Este es el tema entre los temas en esta reflexión. La oración es el eje sobre el que gira la vida contemplativa, su puntal. Es la *actividad* principal, el quehacer que define esta forma de vida y el servicio que le da razón de ser. Actividad por más que el gran trabajo de una vida contemplativa y de cualquier orante sea el de dejar a Dios actuar y llegar a descubrirnos hijos, hijos pródigos que le permitan darse, dispuestos a recibir todo lo que Él tiene para dar. Cuando el orante se descubre así y se dispone a recibir, un ser distinto aflora y se hace visible *siendo* para los demás. De muchas maneras Teresa de Jesús, una de las grandes maestras de oración de todos los tiempos, nos ha hablado

⁸⁷ Cf. J. M. CASTILLO, *El futuro*, o.c., 51.

⁸⁸ Cf. J. M. CASTILLO, *Espiritualidad*, o.c., 102.

de ese Dios ávido de darse sin medida, con ganas de estar con nosotros. «No se contenta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos»⁸⁹.

Si hago este apunte al abordar este tema es para señalar desde el principio que el iniciador y el mayor artífice en este *trato de amistad*, en este encuentro, en esta entrañable intimidad es Dios. Él va delante siempre, nos precede. Muy lejos de ser un Dios al que le sea indiferente la amistad del hombre, el Dios que Jesús nos ha revelado es un Amigo entrañable que nos busca y que, como dije al principio, se sienta a la puerta, pasea por los caminos y se hace el encontradizo. Ese es el Dios de la oración cristiana.

Cualquier vida cristiana tiene por misión señalar a Jesús siguiéndole, ayudar a los demás a intuir la presencia de Cristo en la propia vida y en la de quienes nos rodean y con ello mostrar la humanidad nueva que nace del proyecto de Jesús, de Dios. Ayudar a descubrir la Presencia de Dios en el mundo, sensibilizar para poder entrever la llegada del Reino. La vida religiosa y contemplativa es un Juan Bautista con diferentes rostros, pero su misión fundamental será siempre señalar al Cristo que viene, que siempre está viniendo, y mostrar, abrir caminos de seguimiento. «La oración es un modo fundamental de seguir a Jesús, *es* seguimiento de Jesús»⁹⁰, es una puerta que señala a Jesús, que habla del Reino que ya está dentro de nosotros y quiere emerger para los demás. Porque el *quid* de la vida de oración siempre estará ahí, en el *para los demás*.

Y el motivo por el que, según se mire, los monjes y las monjas *rezan tanto*, que nunca será mucho ni suficiente, es porque Jesús oró. Así de simple. Y en referencia a la oración silenciosa basta decir que Jesús tuvo esa costumbre: se retiraba con frecuencia a orar en soledad, «tenía la preocupación de dedicar tiempo a la comunión con Dios»⁹¹.

Con lo visto hasta este momento, sabiendo que el hombre es una unidad integral y no un ser que se pueda vivir a sí mismo y su vida por partes, o como si distintos *egos* lo habitaran, se entiende que hablar de oración es algo que afecta al hombre entero y no sólo a unos momentos dedicados específicamente a orar. Indagar, querer entender la oración, que es un camino, es preguntarse por el caminante y ese caminante, la persona, no está hecho⁹², hay que recrear ese ser en relación para poder orar, y orando se recrea a la vez ese ser. Es un círculo que lejos de estar cerrado sobre sí mismo es una apertura continua al crecimiento.

Este camino es tiempo, espacio y, sobre todo, confianza. Es el camino de la experiencia mística: ir permitiendo a Dios ser en nosotros. Es la experiencia de la reconstrucción interior, una arquitectura de interiores⁹³, un viaje: «si quieres hacer este viaje 'hacia dentro' tendrás que superar viejas dispersiones y aprender a recogerte hacia el interior. Viajar hacia delante, más allá de ti mismo, movido siempre por el amor. Viajar hacia arriba, para así alcanzar la libertad y la felicidad. Viajar hacia adentro, para así vivir centrado. Pero para hacer tanto bendito viaje, ante todo y sobre todo, necesitas fiarte de un Dios que siempre ha estado a tu lado y que siempre lo estará, pase lo que pase»⁹⁴.

Vayamos ya, tras esta mirada global de la vida de oración, a los actos de oración que son una pieza importante en este puzzle que estamos haciendo de lo que es la vida

⁸⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, MC, 6,1.

⁹⁰ M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración*, o.c., 193.

⁹¹ L. BOFF - FREI BETTO, *Mística y espiritualidad*, Trotta, Madrid 2002 (3ª edición), 100.

⁹² Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración*, o.c., 171.

⁹³ Cf. J. A. MARCOS, *Un viaje a la libertad. San Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 2003, 263. Para la comprensión de este camino, de este viaje, de esta recuperación, véase este interesante trabajo donde se narra el proceso.

⁹⁴ *Ib.*, p. 57.

contemplativa. Esperemos que al final, tomando un poco de distancia, podamos ver el rostro que todas estas piezas que vamos desgranando forman.

Desde una premisa muy sencilla se entiende perfectamente, en este contexto, la necesidad de los momentos de oración: toda relación de amistad, y eso es la vida de fe, requiere de forma absoluta su espacio de intimidad, sus momentos de encuentro, de expansión íntima. Humanamente es así y en clave de fe no seguimos otros derroteros. «La oración-amistad se justifica por y en sí misma»⁹⁵.

Un encuentro de este tipo no es evasión ni ensimismamiento. Volverse hacia el propio interior nos da hondura, nos hace enraizarnos en lo más verdadero de nosotros mismos que es esa Presencia que siempre nos vuelca hacia el amor a los otros. «Explorar el propio yo es adentrarse en el otro»⁹⁶. Volvemos a algo ya explicado porque en este entramado todo está íntimamente ligado, volvemos a la alteridad que es esa interiorización.

El ejercicio de autoconocimiento y de profundización que es la oración lo es precisamente por ser relación interpersonal⁹⁷. Al comunicarnos, en esa presencia mutua, ahondamos nuestra conciencia y afinamos nuestra sensibilidad. Esta afinación, que puede ser difícil y dolorosa o al menos delicada, como lo es dar vueltas a las clavijas para templar las cuerdas de un instrumento, tiene que ir claramente dirigida a hacer crecer nuestra sensibilidad hacia el otro: hacia el grito de sufrimiento y al clamor por la justicia que se eleva desde una gran parte de la humanidad porque nada oculta tanto a Dios como el sufrimiento evitable y la deshumanización⁹⁸. Así se entiende que los tiempos de oración son también una escuela donde se aprende a vivir pendiente del Otro y, necesariamente, de los otros. Porque en esa relación se descubre tempranamente que Dios vive inclinado hacia sus hijos, pendiente de comunicarles vida. Y la oración nos abre a servir, a compartir las alegrías y los sufrimientos de todos.

Por eso, si de ninguna manera se puede reducir la oración a los actos concretos, a los momentos de soledad, tampoco se puede difuminar en el viejo estribillo que repetía *toda la vida es oración*. Vida y oración están entretajadas y se hacen mutuamente.

En el encuentro personal con Jesucristo se educa la mirada del hombre hasta convertirse en una mirada amorosa sobre el mundo entero y la creación. Eso y no otra cosa es contemplación, ver con los ojos amorosos de Dios y acariciar, acoger con gestos como los que tiene Dios.

Además de los momentos de oración silenciosa hay otra pieza necesaria, imprescindible para este conjunto, la escucha de la Palabra revelada en la sagrada Escritura, el contacto y la oración con ella. Con la Palabra tendemos el puente a la oración en común, parte de este puntal vital que es la oración, al servicio de la alabanza y, sobre todo, a la Acción de Gracias. Agradecer y celebrar forman parte de la estructura humana esencial. Perder el sentido de la gratitud, retirar de la vida estructuras que nos permitan agradecer juntos de una forma u otra, conlleva el *declinar de la sabiduría*⁹⁹. Celebrar, agradecer juntos crea hogar en el mundo. Vivir la acción de gracias es suprimir cualquier distancia entre lo que recibimos y lo que damos¹⁰⁰ y reconocer al Dios con el que vivimos, al Dios de la vida que muestra su soberanía en la compasión, la gratuidad y la libertad, en su entrega amorosa.

⁹⁵ M. HERRÁIZ GARCÍA, *La oración*, o.c., 86.

⁹⁶ *Ib.*, 85.

⁹⁷ Cf. J. A. ESTRADA, *La oración de petición bajo sospecha*, Sal Terrae, Santander 1997, 17 y ss.

⁹⁸ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano*, o.c., 118.

⁹⁹ Cf. E. SCHIKKEBEECKX, *Dios futuro del hombre*, Salamanca, Sígueme 1971 (2ª edición), 104.

¹⁰⁰ Cf. Y. CONGAR, *Llamados a la vida*, Barcelona, Herder 1988, 186.

Sabemos y tenemos experiencia de la importancia de la dimensión litúrgica en cualquier espiritualidad viva, la necesidad de los espacios comunitarios de oración y celebración. Celebrar a Dios en las alegrías y en las tristezas, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, celebrarle juntos. Y ahí aparece la primera pincelada: no hay liturgia sin reunión comunitaria, sin verdadero vínculo fraterno.

Pero además, la liturgia tiene una función hierofánica que no es otra cosa que posibilitar la revelación de Dios a través de las palabras, de un rostro, de una expresión, de un estilo¹⁰¹. No se agota en ello, ni mucho menos, ni se puede pretender revelar a Dios cada vez que oramos reunidos, pero se puede tender a ello, puesto que cada celebración en sí misma tiene valor de testimonio y puede abrir a la experiencia fundante que es descubrir que «estamos hechos por los otros»¹⁰², la experiencia de la comunión.

Si una liturgia es excesivamente sacralizada está separada de la vida ordinaria y no compromete¹⁰³. Si se dedica a explicarlo todo, llenando de palabras, vacía el ámbito del misterio al que ella llama para presentir al Dios que convoca en asamblea, que reconcilia, que hermana salvándonos. Si la liturgia sólo habla del más allá, olvida el lavatorio joánico de los pies y de nuevo se desvirtúa la experiencia cristiana¹⁰⁴. Así podríamos seguir entre estos dos polos, pero la liturgia está llamada a tender un puente entre estas dos orillas que no lo son en realidad. En esto, como en tantos ámbitos de la vida, la clave está en hacer una integración. Es el puente entre *haced esto en memoria mía* (la cena) y *lo que yo he hecho hacédlo también vosotros* (el servicio). La centralidad del Memorial del Señor, de ese diálogo amoroso en torno a la Mesa, está orientada a la permanente constitución de la fraternidad¹⁰⁵.

La objetividad que aporta la oración litúrgica a la experiencia cristiana es irrenunciable, necesaria. Más en estos tiempos en los que un pluralismo acusado puede derivar con cierta facilidad hacia el relativismo y a un *siento, luego existo*¹⁰⁶. En cualquier caso hay que recoger la interpelación que supone este dato en cuanto que esa objetividad ha sido o es en muchos casos rígida, excesivamente racional y generadora de distancia y por tanto falta de la calidez y del esponjamiento que la cercanía de Dios siempre produce. La objetividad y la sobriedad no deben procurar frialdad, ni eliminar de raíz la espontaneidad, pero sí educar. Y esto es importante porque cuando una comunidad creyente se reúne para orar, para celebrar a Alguien, con esta pretensión de sencillez y belleza, de gozo y esperanza compartida ayuda a los demás a identificar una Presencia que en muchos casos sólo es un presentimiento¹⁰⁷.

Quiero, aunque brevemente, abordar la Liturgia de las Horas. Me gustaría definirla como el *gran ritornello* de la vida contemplativa. La expresión ritornello, literalmente, significa *pequeño regreso* y así quisiera definir esta oración tejida casi exclusivamente por la Palabra de Dios y muy especialmente por los salmos. Cada vez que la comunidad orante se reúne para esta oración hace un *pequeño regreso*, repite un fragmento que aunque sea distinto lleva la misma melodía íntima, el encuentro amoroso y confiado con Dios para escuchar su Palabra, poner en sus manos la nuestra.

¹⁰¹ Ib., 176 y ss.

¹⁰² Ib., 21.

¹⁰³ Cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Cristianismo*, o.c., 132.

¹⁰⁴ Cf. E. SCHIKKEBEECKX, *Dios futuro*, o.c., 122.

¹⁰⁵ Cf. J. A. PAGOLA, *La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia*, Sal Terrae, Aquí y Ahora, Santander 1990 (3ª edición) 9, 11.

¹⁰⁶ Cf. J. A. GARCÍA, *Muchos caminos pero un solo Espíritu. Lo irrenunciable de la espiritualidad cristiana* en AA.VV. *Espiritualidad cristiana*, o.c., 28.

¹⁰⁷ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002 (2ª edición), 106.

Un pequeño regreso al corazón de Dios y al corazón del hombre. Es la cantinela que repite *tú serás mi Dios en todas las circunstancias*, que muestra al Dios compañero en todos los acontecimientos. En este regreso, en este encuentro continuo, se va forjando un alma de hijo y de hermano. Y de esa manera se puede llegar a decir algo tan vívido como lo siguiente que sin duda recoge el sentir profundo de muchos orantes:

«¡Salmos, mis queridos salmos, pan cotidiano de mi esperanza, voz de mi servicio y de mi amor de Dios, alcanzad en mis labios vuestra plenitud! Queridos salmos, no envejecéis, sois la oración que no se desgasta. Asumís, en la fe, toda la experiencia humana. Si ocupáis este lugar en mi vida, es porque la expresáis ante Dios... Como la verdad, refrescáis los labios y el corazón de quienes os cantan»¹⁰⁸.

Sólo una paleta de infinitos colores podría esbozar una vida de oración, tantos como orantes y etapas tiene el camino para cada uno. Y ahora aquí, una última palabra sobre la oración comunitaria.

Los deseos humanos más hondos son una utopía, sencillamente por ser una aspiración, algo a lo que continuamente se tiende pero que no se alcanza del todo. Uno de los espacios humanos donde mejor se expresa la utopía es en la celebración cristiana¹⁰⁹, por eso es tan importante cuidarla y alimentarla, revisar su simbología porque el ser humano sólo puede vivir su dimensión interior manifestándola espacial y corporalmente¹¹⁰. La celebración es una escuela.

Una familia orante es un vivero de esperanza porque ahí, unidos con Jesús, expresamos que es posible vivir la vida con sentido, con agradecimiento, con esperanza, creando una fraternidad nueva.

5. La pasión

La vida contemplativa arranca de una pasión, de un amor muy intenso, vehemente. Encontrar personas apasionadas por algo es una experiencia impactante que todos hemos vivido alguna vez. Esas personas contagian un entusiasmo vital, no ya a imitarlas sino a seguir el camino de la vida con otra fuerza, a buscar la propia senda con autenticidad.

No hace mucho, como es habitual en nuestros ámbitos, un grupo numeroso de jóvenes vino a nuestro monasterio a conocernos. Escribieron para nosotras unas dedicatorias espontáneas que tenían un hilo conductor: se habían dado cuenta de que estábamos aquí por una pasión y repetían uno tras otro, de diferentes maneras, la intensidad de nuestra fe y nuestro valor.

La vida contemplativa tiene una pasión: Jesucristo. Y la pasión por Jesús tiene unos matices muy concretos porque se trata de la pasión por él y por lo que él la tuvo. Se trata de una pasión por la vida de Jesús.

En el siglo XVI una mujer, Teresa de Jesús, que para hablar de su pasión por Jesús, de la experiencia divina de amor y trascendencia puso su vida en juego, dijo que Jesucristo es *el que nunca tornó de sí*¹¹¹. Siglos después, un pastor protestante, Dietrich Bonhoeffer, que murió en un campo nazi, al afirmar que «ser para los demás es la única experiencia de la trascendencia»¹¹², decía en cierto modo lo mismo. La pasión por Jesús

¹⁰⁸ Y. CONGAR, *Llamados*, o.c., 33.

¹⁰⁹ Cf. J. M. CASTILLO, *Espiritualidad*, o.c., 164.

¹¹⁰ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *El hombre ser sacramental (Raíces humanas del simbolismo)*, Cátedra de teología contemporánea, Colegio Mayor Chaminade. Fundación Santa María, Madrid 1988, 59.

¹¹¹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS. C 35, 3

¹¹² R. GARAUDY, *La búsqueda de Dios en la verdad* en J. C. R. GARCÍA, P. SARMIENTO, F. TORRES (eds.), *Salí tras ti clamando...y eras ido. ¿Es religiosa la vida religiosa?*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1995, 94.

y la experiencia de la trascendencia conducen a un mismo lugar: a la entrega a los demás. Jesucristo es el que nunca tornó de sí, el hombre para los demás.

Jesús dijo «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). La pasión de Jesús fue dar vida a los hombres y mujeres con los que vivió, hasta dar la propia por todos. Restaurando la vida de quienes la iban perdiendo, regenerándola, devolviendo la salud, rehabilitando la ternura en las relaciones como signo de la presencia del Padre que le enviaba, instaurando una nueva forma de relacionarse, basada en el reconocimiento del otro, en la acogida, en el perdón.

La pasión por Jesús, un hombre sincero, entrañable, compasivo, acogedor, que siendo Dios no retuvo su condición sino que se hizo uno de nosotros, que asumió el sufrimiento y se hizo oído para escuchar la necesidad humana, es la pasión de la vida contemplativa. Ahí, junto a ese Cristo que atiende permanentemente, estamos, compartiendo su pasión.

No hay nada menos etéreo que esta trascendencia ni belleza tan concreta como ésta: vivir para los otros. A menudo, la única posibilidad de que los hombres puedan entrever el amor y la belleza de Dios está en el testimonio de la bondad y de la caridad de los creyentes¹¹³.

La belleza tiene mucho que ver con la paciencia activa. Las cosas más hermosas no se aprenden a base de esfuerzos ni surgen por arte de magia. Nada en la vida se improvisa. La vida contemplativa ofrece una escuela, una escuela basada en la interioridad, que vive en la búsqueda de una creatividad profunda, una creatividad que crece en proporción a la capacidad de sorprenderse, admirarse y alegrarse, de entristecerse con el triste, de cargar una parte de la angustia ajena y de abundar en esperanza y en capacidad de oponerse al mal¹¹⁴ generando bondad. Esa es la escuela de la vida contemplativa, aprender a ser oyente, aprender a escuchar la palabra que emana de la tierra, las esperanzas y los sueños de la gente, el sufrimiento de tantos inocentes y el dolor de tantas vidas rotas, la inevitable complejidad que rodea todas las relaciones humanas, vitales para nosotros. Y, a la vez, aprender a escuchar la palabra que Dios ofrece en el silencio, intuir el designio amoroso que tiene sobre todos, descubrir la perennidad de su cercanía y de su deseo de sanar todo en nosotros y de aunar cada mínimo brote de vida.

La vida contemplativa es como una escuela de vigías donde aprender a inclinar el oído, a ver, sea bajo el sol más claro o en medio de una bruma espesa. A estar dispuestos a seguir mirando a quien nos mira sin descanso con el único afán de darnos su amor. Los contemplativos son centinelas de buenas noticias, viéndolas llegar desde lejos, serenos en las noches de la humanidad cuidando con ternura las heridas que hemos de soportar y los anhelos que queremos realizar.

Parte de esa paciencia activa, de la concreción de la trascendencia y de la educación de un espíritu sólido es el trabajo. Sin éste, el espíritu del contemplativo puede evaporarse en un misticismo desarraigado¹¹⁵. El trabajo proporciona una infraestructura que evita el diletantismo que amenaza una vida de este tipo y aparta al mismo tiempo la apatía y la tibieza. Socialmente es impensable una actitud y forma de vida que no conlleve ganarse el pan de cada día. No sólo para no ser una carga para los demás, sino también para poder colaborar en el sostenimiento de los otros compartiendo y fomentando a la vez una forma de trabajo y de sustento que no genere más injusticia. Forma parte de la alternativa que pretendemos: una forma de vida que ganando su

¹¹³ Cf. S. GALILEA, *Fascinados por su fulgor. Para una espiritualidad de la belleza*, Narcea, Madrid 1998, 88.

¹¹⁴ Cf. B. HÄRING, *Libertad*, o.c., 87.

¹¹⁵ Cf. *Regla de Sant Benet amb glosses*, o.c., 257.

sostén no acune el afán de lucro ni fomente la competitividad, sino que dé un cauce a la realización humana que por medio del trabajo y active la solidaridad con todos los hombres. Ahí tiene lugar también una cita secreta entre las generaciones pasadas y la nuestra¹¹⁶, una cita que nos une a todos los seres humanos.

Vivir la pasión de Jesús tiene además un rasgo que con frecuencia la vida contemplativa, por su andadura histórica, ha difuminado: la provisionalidad. Esta provisionalidad nada tiene que ver con la continua sustitución sino con el desapropio que el verdadero buscador lleva inscrito en el corazón. Se trata de la capacidad de flexibilidad y de la superación de la rigidez y fijación, de superar cada presente dando un paso hacia delante. La tentación de clasificar, de poner un molde concreto a la vivencia del propio don recibido y creer que al encontrar *un* cauce, ya se ha encontrado *el* cauce. Esa es una de las grandes tentaciones de la vida contemplativa, fomentada en parte por su misma naturaleza, por sus errores históricos y por agentes externos. No podemos detenernos a analizar esto ahora. Pero esa tentación supone, en cierta manera, una fosilización de algo que es intrínsecamente dinámico. En esa tensión, a la que en parte ya aludimos al hablar de la tendencia a la uniformidad, sucede la vida y ahí está la llamada al crecimiento, a la libertad.

Jesús no se quedó en la carpintería, no se estancó en los caminos que recorrió. Podía haber permanecido hasta el final ejerciendo su ministerio de salud y de misericordia, pero se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén. Siempre dio un paso más hacia delante en su experiencia de Hijo y Hermano, de Siervo hasta el extremo. Su vida le llevó a su muerte porque no se detuvo en ningún lugar, ni en ninguna de sus posibilidades. ¿Qué hubiera pasado si Jesús no hubiese ido a Jerusalén? Quizás podría haber seguido predicando sin levantar tanto recelo y haber obrado todavía muchas curaciones. Pero Jesús no se detuvo ni siquiera en lo que hacía bien y en lo que podría haber hecho todavía. Llegó hasta el final en su camino por todos.

No se puede vivir, en pro de esa provisionalidad, en una constante confrontación que supondría un desgaste, a la larga, estéril para la persona. Pero sí se puede vivir revisando. El Espíritu de Jesús nunca aflora con angustia ni ansiedad, más bien invita al silencio confiado y a la espera paciente dando allí la luz y el descanso necesario para poder vivir despiertos y avanzando en la consecución de la armonía entre el espíritu de la propia vida y la estructura en que se desarrolla.

La vida contemplativa está llamada también a ser escuela de esa ascesis que supone dar pasos hacia delante. Desde la experiencia de esa *regalada llaga*, en palabras de san Juan de la Cruz, dar pasos hasta que la persona esté «toda sana en amor, porque está transformada en amor»¹¹⁷.

El Dios impasible es un Dios apasionado. Por eso, en cada gesto humano verdaderamente amoroso transparentamos a este Dios incansable en su acción de dar vida al hombre.

Encuentro sugerentes estas palabras de Frei Betto: «Sospecho que el universo es el vientre de Dios en el que estamos siendo gestados para la vida definitiva»¹¹⁸. Con esta sospecha, con esta confianza se teje esta red de redes.

¹¹⁶ Cf. M. FRAIJÓ, *El cristianismo*, o.c., 134.

¹¹⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, Llama 2, 7. Citaremos siempre por la edición de *Obras completas* a cargo de M. HERRÁIZ, Sígueme, Salamanca 1991, usando las siglas que se indican en la p. 7

¹¹⁸ L. BOFF Y FREI BETTO, *Mística*, o.c., 142.

Conclusión.

Hace rato que hemos dejado atrás a Sifrá y Puá, aunque ellas, silenciosas, nos han acompañado a lo largo de todo este recorrido que, por más que ha ido tocando orillas, no puede ni ha pretendido abarcar el océano de la vida contemplativa. Sólo he intentado dar pinceladas, apuntes, señales y abrir diálogo. Nunca las palabras serán suficientes para abordar una vida y el lenguaje siempre será escurridizo cuando queramos nombrar las raíces de las experiencias fundantes.

Antes de recoger las cartas que he esparcido sobre este tapete blanco, quiero nombrar una experiencia que por estar en el plano de la gratuidad es una experiencia insecularizable y está en el corazón de la vida contemplativa. Es el criterio último que rige esta forma de vida –y la vida cristiana– porque es el criterio último divino. No es, por tanto, optativo. Se trata de la misericordia, de la experiencia de descubrirse sentado en la mesa donde se sientan los pecadores, acogido, invitado por Jesús, y de la experiencia de preparar con él la mesa para los demás. La experiencia de la acogida incondicional, de la Gracia que precede siempre. Cuando esa experiencia pasa a formar parte de la conciencia más íntima de nuestra existencia, el amor servicial, que es imperativo exterior de justicia, se convierte en dicha interior. El servicio y la fiesta empiezan a coincidir¹¹⁹.

Podemos empezar a recoger las cartas al hilo de lo que acabamos de decir.

Sifrá y Puá entendieron a través de la experiencia de la bondad de Dios, del *temor de Dios* que es la Sabiduría, que la vida es para dar vida. Ahí está emplazada la vida contemplativa que bajo esta imagen muestra la armonía entre la experiencia mística de la que venimos hablando y la experiencia de la ética que hemos propuesto; entre la vivencia íntima y la acción a favor de los otros. La necesidad de unir la ética y la danza porque una ética sin danza se convierte en fariseísmo y una danza sin ética se convierte en egoísmo¹²⁰.

Hay unas bellas palabras de Isaac el Sirio que reflejan esto: damos lo que recibimos. Por eso «la contemplación pura consiste en recibir»¹²¹. La aspiración a ser amor y obrar amor se nutre en las entrañas del Dios bueno, pura donación de sí. Así, dice Isaac: «Hermano, esto es lo que te mando: que el peso de la compasión incline en ti la balanza hasta que experimentes en tu corazón la misma compasión que Dios siente por el mundo»¹²².

También, como las parteras, la vida contemplativa muestra la primacía de Dios. La expresa desde una pobreza radical que lo muestra no sólo como el único sostén de la propia vida sino como el Dios amoroso con el que merece la pena compartir la existencia de forma radical. Y la expresa también frente a los faraones que rigen en cada momento y que son como camaleones, cambian el color pero consumen igualmente la vida.

Sifrá y Puá cifran las vetas de esta vida que traemos entre manos. Ponen al servicio de quienes lo necesitan lo que son, saben y tienen y alumbran un pueblo. Van más allá de la obediencia, de lo mandado y establecido y producen vida. Se rebelan construyendo, no generando más destrucción. Esa es la dinámica de la verdadera pasión por la vida. Una pasión que crea historia. Historia que se hace eslabones de vida y en la

¹¹⁹ Recuerdo estas reflexiones sobre la Gracia de J. I. González Faus, en torno a la película “El festín de Babette” de Gabriel Axel.

¹²⁰ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Sal Terrae, Santander 1991, 2ª edición, 700.

¹²¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, LIB 3, 36.

¹²² Citado en O. CLÉMENT, *Unidos*, o.c., 105.

que se desgrana el misterio, la trascendencia divina siempre inclinada a favor del ser humano.

Estas dos mujeres habían superado la tentación del pesimismo que sólo es capaz de calibrar la parte negativa y el daño consiguiente. Tenían despierto el corazón para ser capaces de enfrentarse al mal. Es la sensibilidad que descubre un camino para sacar la vida adelante por más obstáculos que encuentre. Las parteras dieron una respuesta al Faraón. Es la valentía de haber encontrado el propio *yo por haber temido a Dios*, la valentía de enfrentarse al miedo confiando no en sus propias fuerzas sino en el favor de Dios; de recibir la gracia y aceptar el riesgo de vivirla. En ese riesgo se hace la experiencia de la confianza y de la verdadera esperanza.

El valor de aceptar el sufrimiento que podía acarrearles su decisión revela la profundidad de su libertad y el haber dado con el centro del ser. En esa identidad profunda reside, asienta la mística, la experiencia abisal de ser y ser con Otro. Y ahí se da respuesta, en cristiano, a la llamada de Jesús: «Jesús no ha llamado a una nueva religión sino a la vida... a una vida totalmente responsable»¹²³.

Creo que es suficiente, aunque los iconos humanos tienen esa virtud, ser inagotables a la hora de comunicar la experiencia que contienen y soportan ser abordados desde cualquier ángulo. Ese poder tienen las experiencias verdaderas, los gestos auténticos.

De acuerdo con mi forma de ser pero sobre todo con una de mis convicciones más profundas, al ir terminando este trabajo –no sé si como fruto de él– creo que es importante recordar que no debemos aburrir a la gente. Contar historias, historias vivas, transmitir la experiencia propia y la de la comunidad, despertar deseos, crear necesidades diferentes de las que rigen, necesidades que hagan pie en el esfuerzo por aliviar la necesidad de los demás, esa es y debe ser nuestra conversación, desde luego; pero hay que lograr hacerle un guiño a la existencia, desdramatizar y proveer de alegría a nuestro mundo cuarteado: la alegría de la esperanza que nosotros vivimos y profesamos como hijos de Dios que han experimentado la fuente de la que mana lo demás: el ser amados.

Jesús fue un cuentista, en el sentido más hermoso de la palabra, un narrador excepcional. Supo contar al buen Dios y no dejar indiferente a quienes le rodeaban. No me resisto a copiar un pequeño cuento judío que ilustra esto mejor que muchas explicaciones:

«Un día en el que pidieron a un rabino, cuyo abuelo había sido discípulo de Baal Schem Tov, maestro espiritual y fundador del jasidismo, que contara una historia, él dijo:

–Una historia ha de contarse de manera que obre y sea una ayuda en sí misma.

Y contó la historia siguiente:

–Mi abuelo estaba paralítico. Un día le pidieron que contara una historia a propósito de su Maestro. Y contó como Baal Schem Tov, cuando rezaba, se ponía a saltar y a danzar allí mismo. Y para ilustrar lo que decía, mi abuelo se puso en pie, siguió contándolo, saltando y danzando. A partir de aquel momento, quedó curado. ¡Así es como hay que saber contar!»¹²⁴.

La vida contemplativa tiene que sufrir todavía, desde mi punto de vista, una profunda catarsis. Yo he seguido una línea de reflexión sobre la experiencia vital y más

¹²³ D. BONHOEFFER, citado en R. GARAUDY, *La búsqueda*, o.c., 101.

¹²⁴ B. ZIMET, *Cuentos del pueblo judío*, Salamanca, Sígueme 2002, 64.

cotidiana. No era este el lugar de profundizar sobre esa necesaria purificación. Requeriría algo más que un breve comentario por tratarse de un tema fundamental que reclama en nuestro presente una seria introspección que sirva de proyección. La vida contemplativa tiene que aceptar esa purificación como preludio de lo que Dios, siempre nuevo, desea de y para ella. Se trata de ese largo éxodo que, como ya dije, nadie emprende por sí mismo. Somos pocos y seremos menos, y estaremos aquí o allá con diferentes fachadas, ojalá cada vez más sencillas y cercanas, más accesibles y humanamente entrañadas. Para ser fermento en la masa, que es lo esencial, es esa purificación, que revelará mejor el tesoro recibido. Esa es la vida contemplativa: ser. Lo demás está en las manos de Dios, donde todos estamos.

Acabo con unas palabras de Manuel Fraijó, que él aplicaba al cristianismo y yo quiero aplicar a la vida contemplativa:

Mientras Jesús siga siendo su gran referente, la vida contemplativa continuará teniendo futuro¹²⁵, continuará dando vida.

¹²⁵ Cf. M. FRAIJÓ, *El cristianismo*, o.c., 181.